

M

is queridos amigos,

La liturgia de Semana Santa y Pascua celebra el gran misterio de la fe: la muerte y resurrección de Jesús y nuestra participación en su victoria sobre el pecado, la oscuridad y la muerte. La celebración de esta liturgia y otras durante todo el año son un “misterio de fe” y no sólo acontecimientos históricos en la vida de Jesús. Las celebraciones de semana Santa y Pascua no están destinadas solo a “llevarnos nuevamente” al lugar de la última cena, volver a recorrer el camino hacia el Calvario, revivir las últimas horas de la vida de Jesús, o captar el momento en que él sale de la tumba en la mañana de Pascua. A través de estas celebraciones, como pueblo somos reunidos en fe, dotados con el espíritu de santidad y llamados a la conversión.



>> Bishop Hurley baptizes Kimberly Randall during Easter Vigil Mass at the Cathedral of Saint Andrew in 2009.

Durante la Pascua, a cada uno de nosotros se nos pide renovar las promesas bautismales. San Pablo escribe que, cuando fuimos bautizados, morimos a nuestra vieja forma de vida para seguir una nueva forma de vida. Dice que en el bautismo entramos en la tumba con Jesús y resucitamos de la tumba con él — nos alejamos del pecado para abrazar una vida más completa y rica en Cristo.

La noción de morir y resucitar, de la muerte y la resurrección no es sólo un concepto religioso, sino una parte natural de nuestra experiencia de vida. En la naturaleza, las semillas son plantadas en la tierra y se convierten en hermosas flores. El invierno da paso a la primavera, la primavera al verano y de nuevo el otoño al invierno. En nuestra vida humana una generación sucede a la otra. Uno muere y una nueva vida

comienza. Nuestra experiencia humana nos enseña que el crecimiento a menudo viene a través de un proceso lento y doloroso de cambio.

En las últimas semanas releí partes del maravilloso libro de Mons. Gaspar Ancona “Where the Star Came to Rest”. Me hizo reflexionar sobre cómo la noción de muerte y resurrección impregna nuestra sociedad y nuestra diócesis. Hubo un tiempo en que lugares como Muskegon y Ludington estaban repletos de aserraderos y lugares como Big Rapids, Greenville y Grand Rapids eran centros de fabricación y de transporte. Grand Rapids se hizo conocer como la capital mundial de mobiliario diseñando algunos de los mejores muebles. Belding fue alguna vez el centro de la seda en el mundo. El Hospital de St. Mary en Big Rapids fue una excelente estructura como

lo fueron St. John's Home y el centro de las Hermanitas de los Pobres en Grand Rapids. Las religiosas enseñaban en muchas de nuestras escuelas. El Programa de escuela secundaria del Seminario de St. Joseph comenzó en 1909 y cerró en 1981. Christopher House (ahora cerrada) sirvió a los seminaristas del colegio. Sacerdotes y obispos, familiares y amigos y algunas parroquias y escuelas han venido y se han ido. Muskegon, Belding, Big Rapids, Greenville, Grand Rapids y todas nuestras ciudades, pueblos y aldeas han visto y experimentado la muerte y la resurrección cuando lo antiguo muere y lo nuevo surge. El cambio no es necesariamente malo o bueno; lo es lo que hacemos con él.

El Tiempo Pascual es un tiempo maravilloso durante el cual podemos celebrar el pasado que nos ha traído hasta el día de hoy y hasta esta temporada. Es una historia llena de muerte y resurrección. Aun valorando instituciones o individuos que nos han ayudado en el camino de fe, como creyentes que somos, nos damos cuenta de que nuestro crecimiento en la fe no depende de ellos. Nuestro futuro será lleno de esperanza si ponemos a un lado nuestra propia agenda y colocamos nuestra confianza en Dios que ha prometido estar con nosotros hasta el final de los tiempos.

¡Cristo ha muerto! ¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo vendrá otra vez! Este es el día que ha hecho el Señor. Alegrémonos y regocijémonos en el Dios compasivo que nos ha amado tanto que envió a su único Hijo para redimirnos y salvarnos.

Bendiciones a todos en esta temporada de Pascua.

Obispo Hurley